

FILTRACIÓN

José Luis Saorín Ferrer

@joseluissorin

doi.org/10.56029/NX22117

El cuerpo sabe mejor que la mente
cómo lidiar con el veneno.
Los riñones no preguntan,
no guardan para mañana
lo que hoy debe irse:
procesan, separan, expulsan.

Nosotros, en cambio, retenemos.
Cerramos los puños sobre la herida
como si apretar fuera curar,
como si la sangre sucia pudiera guardarse
en algún compartimento hermético
donde no manche nada más.

Hay que abrir las compuertas.
Dejar que el dolor atraviere
—no rodee, no esquive—
atraviere
como el agua turbia por la membrana,
como el aire contaminado por los pulmones
que lo filtran aunque ardan.

Dejarlo pasar, hacer diálisis,
solo eso.

Duele, sí. Duele más
que esconderlo en el sótano oscuro
del pecho.

Pero no hay cuerpo
que aguante sus humedades.

No hay armisticio con el veneno.
Solo esa rendición extraña
de abrir las manos,
de permitir el tránsito,
de ser, por un tiempo,
solamente un canal.

Después,
solo después de que lo último pase,
el agua vuelve lenta, casi clara.

El cuerpo sabe lo que es curarse;
dejarlo marcharse
gota a gota,
respiración a respiración,
hasta que un día
te despiertas más ligero
sin saber exactamente cuándo
dejó de doler.